

Fernández Alba propone «reordenar y re-pensar» los espacios a construir. El arquitecto ha de ser «como el poeta, alguien que no tenga acotada su existencia»

AUTOPERCEPCIÓN INTELLECTUAL DE UN PROCESO HISTÓRICO

Carta previa

Querido Ramón:

Me permito enviarte una información generalizada para el número de la revista *Anthropos* y unas referencias próximas a la genealogía del contexto arquitectónico en el que se desarrolla mi quehacer profesional, para que sirvan de referencia previa a la preparación del número dedicado a mi obra como arquitecto. Me inclino, en estas valoraciones preliminares, por el género epistolar, menos fatigoso y más directo.

En primer lugar porque así se eludían las convencionales presentaciones que con los relatos al uso suplen las narraciones verdaderas o fingidas del discurso personal. Suplantar semejante oficio, he de manifestarte que me resulta indudablemente problemático, por lo impreciso que resultan mis actitudes para narrar la propia semblanza, al tener que distinguir planos de referencia tan dispares como son los de ser protagonista, narrador de sus historias y autocrítico de su entorno.

Por seguir una cierta nomenclatura tan convencional como intrascendente, señalaré que mi trabajo de arquitecto se ha desarrollado dentro de una rica y significativa herencia arquitectónica, anclada en la más fecunda tradición de la *escuela española*, si es que estas clasificaciones escolásticas pueden servir aún en nuestros días, para definir una dedicación profesional implicada en construir bien la escasa arquitectura que se proyecta.

Ligado desde los finales de los cincuenta a una *práctica activa* de la arquitectura, no he dejado de recorrer esa *tentación progresista* que caracterizó a un sector minoritario de esta actividad profesional: ejercicio práctico del trabajo de



Antonio Fernández Alba con el crítico de arte Santiago Amongrabando, 1978

arquitecto, enseñanza, indagación cultural, colaborador asiduo en prensa especializada, y hasta fundador y animador de actividades donde siempre ha estado patente lo *específico del quehacer arquitectónico*.

Estas consideraciones me han llevado a entender *la materialidad de la arquitectura* como algo consustancial a su propia existencia. El espacio arquitectónico, cada vez más conocido como una realidad material, una conformación producida por la construcción mental y organización de los signos arquitectónicos. De aquí, que, la identidad entre *pensa-*

miento y lenguaje, no me parezca que a estas alturas se pueda entender sólo como un axioma válido para filósofos y lingüistas. No comprendo el espacio arquitectónico sin materialidad, la existencia *ideal*, la *otra arquitectura*, independiente de la realidad material. A mi juicio no deja de ser un juego ilustrado de los «nuevos reformadores», una camuflada formalidad para acallar la mala conciencia de la gestión restauradora de la arquitectura sobre la ciudad, al que algunos «reconocidos arquitectos» son tan proclives que de forma tan elocuente buscan en ese bosque mineralizado de

los neorracionalismos y neoclasicismos, deducciones formales en el fondo de una involución de la historia y de la conciencia histórica.

Vivimos, ya se sabe, un proceso de la sociedad en crisis, crisis de sistemas no sólo de los valores formales. El arquitecto puede optar por alguna de las opciones que tal crisis revela. En esta par *arquitectura - crisis de valores*, hay quienes la aceptan como tal y la enfatizan, otros la utilizan como un juego para el artificio, para algunos parece no existir y en sus proyectos manifiestan la euforia de su ignorancia, hay quienes tratan de *reducir*, con todas las limitaciones que ello comporta sus efectos destructores. Esta última actitud, la entiendo como un camino legítimo, su atractivo consiste en *re-ordenar* y *re-pensar* los espacios a construir.

En este sentido entiendo la arquitectura, como una disciplina de innovación ambiental intrínsecamente ligada al proceso evolutivo de la sociedad, de aquí la necesidad de escuchar sus ecos sociales, políticos y antropológicos de nuestra realidad más inmediata. Tal vez sean estos los motivos por los que me niegue a aceptar las formalizaciones reduccionistas de algunas de las interpretaciones recientes de la última arquitectura.

Los *ilustradores neo*, hipersimbolistas de lo efímero, tratan de inducir un concepto del espacio donde se haga patente la proliferación del *styling*, que, como se sabe, es justamente una variante del diseño que enfatiza formalmente los aspectos más gratuitos del proyecto, es una de tantas manifestaciones del irracionalismo que nos rodea y persigue desde los años treinta. Lo entiendo como un tributo desgarrador que tenemos que pagar ante la ausencia de un sistema de referencias positivo, en definitiva un modelo auténtico de democracia. Indudablemente somos libres de entrar y hasta de ser protagonistas en ese *Gran Retablo Visual*, que unos más que otros construimos para las fiestas del consumo.

Estos trabajos, escritos y comentarios que te enví, ilustran la secuencia de unos espacios formalizados en dos tiempos de España, el primero para los más jóvenes tal vez irreconocible, un tiempo y un espacio afectados por el *daño*, a veces irreparable y al que nos vamos acostumbrando, cada uno a nuestra manera, sin rencor y esperemos que sin nostalgia. El segundo, un tiempo que por el momento está en manos de los efectos especiales que iluminan ese incomprensible retablo visual de los finales del milenio.

Cordialmente,

Antonio Fernández Alba